

ALBERT SCHWEITZER

ESPIRITU Y ACCION

Una sola vez me encontré fugazmente con Albert Schweitzer en Francfort con motivo de la ceremonia de concesión de un Premio de la Paz. El hecho de que se me otorgue el gran honor de pronunciar hoy aquí unas palabras en su memoria puede relacionarse con la circunstancia de haber dedicado yo algunos años al servicio del Comité Internacional de la Cruz Roja, la fundación de Henri Dunant¹.

Ya para una simple indicación general del conmovedor fenómeno Albert Schweitzer se requeriría previa competencia en las disciplinas teológica, filosófica, médica y científico-musical. Al recordar al asombroso personaje nos sentimos inclinados, como en las grandes leyendas, a anteponer con sencillez y brevedad, la abrumadora sucesión de acontecimientos de su "vita". Empezaremos recordando el principio en las parroquias luteranas de Alsacia, la niñez en Günsbach, al pie de los Vosgos, la escuela en Münster, la Universidad en Mühlhausen, los estudios en Estrasburgo, París y Berlín y el período de alumno, en París, del conocido organista Widor, para quien el discípulo emprendió la tarea de escribir un ensayo sobre Juan Sebastián Bach, génesis de un libro compuesto en lengua francesa, lo que al joven alsaciano costó bastante esfuerzo, según nos cuenta él mismo. La disertación teológica (tesis doctoral) de Schweitzer tiene por tema "La filosofía de la religión de Kant". Ya en 1901 publica estudios sobre el problema de la Eucaristía y el Calvario de Cristo que son preparación de la obra *De Reimarus a Wrede*, publicada en 1906, una historia de la "investigación sobre la vida de Jesús" que ya al publicarse llamó poderosamente la atención y que ha conservado hasta hoy su importancia. Siguen dos libros sobre San Pablo y algunos escritos breves concernientes a una hipótesis sobre Nuevo Testamento, de Schweitzer, que a los treinta años (1905) era Doctor en Teología y Profesor de esta disciplina, Decano de la Facultad de Teología de la Universidad de Estrasburgo y párroco en la misma ciudad y ya un sabio y organista de considerable fama.

En esta circunstancia de su vida, rica en promesas, acaeció lo que él mismo describe como algo que le fue impuesto íntimamente, desde dentro. Sorprendiéndoles del modo más absoluto, comunicó a sus amigos que había decidido renunciar a todos sus cargos. Inició entonces sus estudios de medicina con el firme propósito de consagrar su vida a los indígenas del Africa Ecuatorial como médico misionero (durante algún tiempo había pensado ponerse a disposición de los vagabundos y excarcelados).

Por el Prof. H. C. CARL BURCKARDT

De la Universidad de Ginebra

¹Discurso pronunciado en la sesión solemne dedicada a Albert Schweitzer por la categoría civil de la paz de la Orden Pour le Mérite.

Schweitzer referirá más tarde esta decisión a vivencias infantiles, sobre todo a la íntima conmoción que le produjo la parábola del Hombre rico.

Seis años dedicó a un intensivo estudio de la medicina, lo que no fue obstáculo para que continuara su producción literaria. En 1912 contrajo matrimonio con la hija de Breslau, el gran historiador de Estrasburgo, Helene Breslau, que comparte los esfuerzos de su esposo en cuanto lo permite su delicada salud. En 1913 emprende Schweitzer su viaje a Gabon. Un terreno facilitado para el proyectado hospital por la Sociedad Misionera de París, es puesto al servicio de sus propósitos con duro trabajo de pionero. Schweitzer, día tras día, pone él mismo manos a la obra. Lo que entonces logró, si se excluye la cesión del terreno, fue empresa totalmente independiente sostenida con los ingresos que le producían sus libros, sus numerosas conferencias, sus conciertos de órgano, y más tarde, los discos. Pero lo que le ayudó fue, sobre todo, su creciente fama, especialmente en los países escandinavos y anglosajones. Ya en el primer año de su actividad tuvo Schweitzer que hacer frente a una crisis de hambre. Debieron hacerse grandes desmontes y talas. La actividad de predicación y cura de almas como misionero le fue vedada por lo pronto al pionero abnegado a causa de su poco ortodoxo criterio. Nos encontramos en el año 1913.

En 1914 el ciudadano alemán Albert Schweitzer y su esposa fueron internados. Primero en el mismo lugar, con lo que su actividad como médico pudo ser continuada, "bajo vigilancia", hasta cierto punto. Después vino el traslado a un campo civil de concentración en Provenza. Resultado del ocio obligado durante el período de restringida libertad y en el inmediato lapso de postguerra, fueron dos volúmenes de contenido filosófico-cultural: *Decadencia y reconstrucción de la cultura* y *Cultura y ética*, que servirán de introducción a su designio como base de una nueva cultura del mundo.

Sólo a principios de 1925 fue posible su regreso a Africa. Las premisas de su actividad eran ahora mucho más duras que en el primer intento. No se había conservado casi nada y había que empezarlo todo de nuevo. Hubo que combatir epidemias nuevamente, inundaciones obligaron a un traslado de las instalaciones del hospital que ahora experimentaron un considerable desarrollo y al que se añadió una leprosería. Se necesitaban, en forma constante, nuevos recursos. Un rumor universal, grávido de arrebatada admiración hacia el solitario misionero, se convirtió en base fundamental de la empresa. Las circunstancias obligaron a hacer propaganda. Los ingresos obtenidos en sus frecuentes viajes, con-

ferencias, conciertos, honores y premios —entre éstos el Premio Nóbel— fueron totalmente puestos a disposición del Hospital de Lambarene por Schweitzer. Y durante todo este tiempo, entre 1926 y 1965, año de la muerte del nonagenario, ayudaron los parientes de los enfermos en la necesaria tarea cotidiana.

La acción espiritual y física del doctor no disminuyó ni en los últimos años, su personalísimo estilo de la compasión cobró la firmeza y constancia de su creación, y su magia, que en tantos hizo sentir sus efectos, facilitó su régimen patriarcal. Su intervención hasta en las más menudas cosas prácticas, llevada a efecto con la misma precisión que su actividad como constructor de órganos, le vinculó al más modesto de sus colaboradores. Incluso la gestión financiera, su administración del Hospital, fue realizada con un sentido realista, incluso rústico. Con constancia orientada sin vacilaciones, se mantuvo fiel a su deber. Y su obra de escritor siguió creciendo. Sus trabajos sobre la mística del apóstol San Pablo, al que llama el Libertador, sus estudios sobre la visión del mundo de los pensadores indios, sus conferencias sobre Goethe, sus ya mencionados volúmenes sobre la filosofía de la cultura, cuya publicación hizo esperar largo tiempo...

Un escrito, de Schweitzer, grávido de interés y sugerencia, lleva el título *De mi infancia y juventud*. Nos lleva a los tiempos en que —según él mismo nos dice con su humor característico— "los rústicos se quejaban de los que pasaban zumbando en altas bicicletas y espantaban a los caballos". Tiempos que distan más de nosotros que Virgilio de los sabios y poetas de Weimar.

¿Qué es, por sí mismo y por el mundo en torno, lo decisivo en estos recuerdos? Ciertamente el hecho de que nunca conoció la despreocupada alegría de vivir. Cuando una vez, en una pelea con otro chiquillo, quedó vencedor, le dijo el vencido: "¡Si a mí me dieran a diario sopa de carne como a ti!". Otro detalle de su rica memoria: Un camarada de juegos confeccionaba "hondas" con tiradores de gomas y con esta arma va a la caza de mirlos y zorzales en compañía del hijito del párroco. Cuando están ya en acecho empiezan a tañer las campanas de la iglesia. Y un enérgico mandato, un mandamiento, le llega hasta lo más íntimo y le ordena: "No matarás". El propio Schweitzer nos dice que fue el comienzo de todo lo que había de venir.

La atención que el muchacho pone en las cosas es multiforme y se manifiesta muy pronto su interés por el acaecer temporal en todas las esferas. Sólo tenía nueve años cuando su padre le sentó ante el órgano para reemplazarle. Y sólo dieciséis años cuando Eugen Münch le confió la parte de órgano del Réquiem

Alemán. Schweitzer crece en el ámbito de una vida familiar armoniosa al viejo modo, pero le tortura la idea de si el hombre, en medio del dolor del mundo, tiene sencillamente derecho a la felicidad individual. Poseído de este sentimiento decidió, ya a la edad de 21 años, dedicarse a la ciencia, a la predicación y a la música, hasta cumplir los 30, y consagrarse después por la acción sólo al servicio del prójimo.

Dentro de su cristianismo racional le impulsaba la fuerza de la ética cristiana. Su apremio por la vinculación a un principio supraordinado se realizaba en la acción moral. Nunca le abandonó el espanto ante el terrible curso de la historia de la humanidad. Era hijo de un pueblo al que un designio causó dolor tan a menudo, ya mucho antes de las asolaciones de la Guerra de los Treinta Años y aun mucho después, hasta la época más reciente. Como todos los alsacianos se sentía indisolublemente ligado Schweitzer al carácter alemán y con ello a un determinado sentimiento en virtud del matiz vernáculo del lenguaje. También él tuvo que hacer frente a la situación en que unos y otros le reprochan a uno no haber decidido en forma definitiva ni por los unos ni por los otros. Amaba a Francia y amaba a Alemania y se sentía domésticamente ligado a ambos países. Desde su niñez asistió a iglesias paritarias y le fue siempre grato, como protestante, presentir los símbolos solemnes del culto católico allá atrás, en el coro en penumbra. Siempre tuvo mentalidad ecuménica. Siendo más que nada hombre de la Ilustración, se mantuvo libre de sus sarcasmos, respetaba el mandamiento bajo cuyo signo realizaba su obra y que expresó así: "El espíritu debe hacerse obra y debe ser siempre acción allí donde impera la discordia". Con suprema energía se esforzó siempre por expiar las fechorías humanas y las propias debilidades.

Durante toda su vida, en todo lo que emprendió, se comportó juvenilmente. El arranque renovado, el lanzarse a la empresa siempre con nuevo impulso, era lo propio de su carácter. A Schweitzer le pareció siempre sospechoso el concepto "madurez". Solía decir: fulano era un revolucionario, no lo es ya: ha alcanzado la madurez; era un luchador, estaba lleno de esperanza, era un depurador del templo, un hombre de inmensos proyectos que se renovaba constantemente y ya no es nada de esto: ha alcanzado la madurez.

Teme Schweitzer que su empeño y su pugna, siempre renovados, le hayan hecho pasar de largo frente a muchos a quienes debiera haber testimoniado gratitud. Teme, sumido en sus proyectos y tareas, haber vivido muy a menudo en una especie de semioscuridad que no le permitió reconocer los rasgos de las personas, hasta que de pronto, en forma repentina y

frecuentemente demasiado tarde, los vio iluminados como por un rayo y pudo intuir cuánta fuerza le había llegado, en trascendentales momentos, de otras gentes, habiéndose mantenido siempre para él, por otra parte, como supremo misterio, la honda virtud de esta fuerza regalada.

Cuando Schweitzer creó diríase fruto de juvenil improvisación. Ni siquiera su hospital era una obra sistemáticamente planeada. Por eso durante las crisis de liberación nacional del Continente africano no fue destruido como otros modernos establecimientos hospitalarios muy a la moderna. Schweitzer evitó deliberadamente todo exceso de técnica desnuda y perfección higiénica. No era un sociólogo, pero sus observaciones sobre gentes próximas al estado de naturaleza son, precisamente hoy, tras el torrente de acontecimientos de los últimos veinte años, dignas de la más alta consideración. Conoce perfectamente el estrago que provocó en aquellas zonas elementales la irrupción del comercio internacional y de la técnica más tarde y se muestra, por ello, partidario de la conservación y protección de formas de vida vernáculas y de lentas y orgánicas transiciones. Advierte el peligro de la supervalorización de un sistema escolar extraño a la psique elemental y se da cuenta del riesgo que significa el galope hacia arriba con su desdén del trabajo al juicio del hombre blanco trabajado por una artificial disciplina que atribuye a los negros indolencia. Afirma que el negro es capaz del más intenso trabajo, pero sólo cuando no se le impone por mando, sino cuando las circunstancias se lo exigen. El negro, asegura, es un hombre libre, es decir, un trabajador ocasional en el mejor sentido de la expresión.

No es ciego, por otra parte, frente a los logros positivos del colonialismo como la supresión del comercio de esclavos y sobre todo la pacificación de tribus que viven entre sí en lucha permanente. Un agudísimo sentido de observación y una experiencia de años le han llevado a veces a formular juicios y disconformidades que hacia el fin de su vida le atrajeron la aversión de quienes, sin el conocimiento objetivo de las circunstancias, obran y maniobran bajo el signo de fórmulas prefabricadas. Su saludable sentido común, su certerísima ingenuidad, le hacían inmune a las hipnosis del momento. Opina que los negros deben ser tratados de acuerdo con su dignidad humana, lo que no podrá ocurrir mientras se les convierta en civilizados con una idea de sí mismos que no responde a la realidad.

Uno de los mejores libros que se han escrito sobre Schweitzer, y que tiene a Werner Picht por autor, señala, con razón y buenos motivos, que Schweitzer, no sólo en su saber práctico, sino en sus escritos doc-

tos, está en rara medida presente "in persona". Va, efectivamente, a las cosas, de un modo directo, de conocedor, incluso en lo que atañe a aquellas fuerzas que influyen en su propia vida. Reconoce que en su juventud fue un apasionado jugador "para conocer los dados que en el juego de la vida tanto deciden". Schweitzer confiesa también que con una tendencia a la disputa que le llevaba hasta la irritación fue muy a menudo un insoportable retador de su adversario. Se marchó a la selva, entre otros motivos, para poder callar. Pero el gusto de enseñar, de proclamar, predominó en él, no obstante, hasta el final.

En 1920, desde la cátedra de la Universidad de Upsala, no se dirigió ya al mundo de los doctos y los sabios: se dirigió "a todos". Fue entonces cuando proclamó, ante la humanidad, su doctrina ética. Era fruto de su creciente preocupación por la decadencia de la cultura, preocupación en que participaron tantos grandes espíritus del siglo XIX, como Goethe, por ejemplo, de quien Schweitzer dice que fue el primero en preocuparse seriamente del futuro que aún podía quedarle al género humano. Ya a mediados de nuestro siglo no deberá intentarse, como lo han hecho muchos ingenios mediocres, evadir el problema hablando de un "pesimismo cultural".

Se observa en Schweitzer, dentro de su crítica de la cultura, un cierto esquematismo, más siempre, al mismo tiempo, algo por completo elemental, un tono sin el menor acento literario, sin la menor complacencia ante el fenómeno de modas transitorias. En sus ensayos se presiente, a veces, en la esfera de la facultad de conocimiento, algo que diríase resignación.

Schweitzer nos habla de un acontecimiento, de una visión, durante un viaje fluvial por la selva, para la que —recordemos su vivencia del tirador en la caza de pájaros— hacía mucho que estaba preparado. Se trata aquí de su postulado fundamental, del llamamiento con que, con voz poderosa y entrañable, nos invita a "la veneración de la vida". Es la vida ahora, en su conjunto, en su totalidad, lo que representa el supremo valor para él. Y nunca le abandona el espanto ante la autodestrucción, el autoexterminio de esta vida. Su voz no conoce fronteras. Se enfrenta, titánica, al ser de la naturaleza. Se trata de toda vida, sin diferencias. Por momentos diríamos que echamos de menos, ante el postulado absoluto de Schweitzer, lo que un día se llamó "la majestad de la muerte". Pero como ello fuere: ¿no es un signo prometedor que en medio de una furia de destrucción como el mundo no la había conocido ese llamamiento haya encontrado eco fervoroso en una generación —de cuyo nihilismo tanto nos han hablado— que lo ha hecho suyo, que se siente arrebatada por el más ardiente

anhelo de paz, por el deseo de un humanitarismo salvador? Certeramente ha dicho Karl Barth que, en realidad, el manifiesto de Schweitzer es un grito.

Es extraño, sin duda, que un proceso misterioso en la psique de un hombre sometido a tan poderosas conmociones como Schweitzer adquiriera, a veces, la expresión del ético enredado aún en la controversia entre la fe y el saber. Se ha observado que Schweitzer apenas ha tomado en cuenta el acervo de ideas de la Edad Media. Más aunque proceda directamente de la teología liberal y su racionalismo, hay en él, yuxtapuesto a lo que su biógrafo Rudolf Grabs llama "su agnosticismo, no escéptico, sino humilde", algo que no era ajeno al pensamiento medieval, lo que se evidencia, sobre todo, en su imagen de Cristo, que en él recobra una grandeza que con las tendencias humanizantes del siglo XIX había perdido. Tanto Jesucristo como todo el Nuevo Testamento están para él rebosantes de esperanza sin término y el Redentor se ve a sí mismo como Mesías, surgiendo íntegramente de la vieja tradición judía y su antigua doctrina. Lo que puede llamarse la sencilla devoción de Schweitzer se revela en la forma más pura y más honda en su relación con la música, con Juan Sebastián Bach especialmente. Aquí, como maestro y exégeta, hace suyo, con absoluto recogimiento, lo que le es más propio y entrañable.

Nos hemos referido a aquellos que ayudaron a Schweitzer y a quienes mucho debía. Entre ellos figura, antes que nadie, Goethe, junto a los grandes músicos. Acaso nunca se evidencia con mayor claridad el anhelo fundamental de Schweitzer como en lo mucho que ha escrito sobre Goethe. Se alternan aquí curiosamente una entrega cordialísima, en alas de la admiración, y una cierta crítica moral. Allí donde Schweitzer se deja llevar por la oceánica ondulación del pensamiento goethiano se advierte su complacencia, su comprensión, la armonía de un acuerdo. Siempre de nuevo, por sólo mencionar un caso, torna Schweitzer a la consideración de aquel pasaje de los Anales de 1811 en que Goethe se aparta de Friedrich Heinrich Jacobi, el ex partidario de Espinosa, por haber expresado en su escrito "Sobre las cosas divinas y su revelación", el criterio de que "la naturaleza no revela a Dios". Replica Goethe: "Dada mi pura, honda e ingénita convicción, mi modo de intuir, que me ha enseñado, sin la menor fisura, a ver a Dios en la naturaleza y a la naturaleza en Dios, al punto de que esta manera de pensar llegó a constituir el fundamento de toda mi existencia, ¿no debería alejarme para la eternidad, en la esfera del espíritu, de la más noble persona, cuyo corazón amé con veneración?". Poder amar con veneración: ¡qué merced! La capa-

idad de amar con conocimiento es el privilegio de los espíritus verdaderamente libres, no tarados por la envidia.

Conmemoramos en este momento a un hombre que ha vivido entre nosotros como un ejemplo, como un asidero que nos permite erguirnos. En el siglo del asesinato en masa —nuestro siglo— se alza la figura de Schweitzer, con verdadero arrojo viril, como poderosa defensa de la vida, como protesta contra los más tremendos instrumentos de destrucción. Schweitzer, el amigo del inolvidable Presidente federal Heuss, es,

como expresó éste en cierta ocasión, quien, durante los tiempos durísimos, transcurridos ya, restableció la confianza en las posibilidades de la naturaleza humana. Por encima de sistemas especulativos y teorías económicas o sociales, se mantuvo siempre, con juvenil y maravilloso impulso, dispuesto a la ayuda por la acción. "El espíritu —así dijo— que en la historia rige, no se encuentra en las cosas: debe obrar a través de nosotros mismos". Llamó a este espíritu, el espíritu del amor.

TRADUCCION DE RAMON DE LA SERNA

BASES PARA EL CONCURSO LITERARIO CASA DE LAS AMERICAS 1969

1 Se considerarán cinco géneros literarios:

NOVELA

TEATRO / Obra de teatro

ENSAYO

POESIA / Libro de poemas

CUENTO / Libro de cuentos

2 En lo que respecta a Poesía, Novela, Cuento y Teatro, no se exige que el tema se ajuste a características determinadas. El ensayo será un estudio sociológico, histórico, filosófico o crítico, sobre temas latinoamericanos.

3 Los libros presentados deben ser inéditos y en lengua española. Dichos libros se considerarán inéditos aunque hayan sido impresos parcialmente en publicaciones periódicas.

4 Las obras deberán presentarse anónimas, en original y copia, escritas a máquina en papel de 8½ × 11 pulgadas (carta), acompañadas de un sobre cerrado en cuyo exterior deberá indicarse el género literario en que concursa y su lema, y en el interior el nombre, dirección postal y ficha biobibliográfica del autor. Para facilitar el trabajo del Jurado, se ruega el envío de originales y cuatro copias.

5 Los Jurados otorgarán un Premio único e indivisible por cada género, que consistirá en:
\$ 1.000,00 (mil dólares).

Publicación por Editorial Casa de las Américas.

Los Premios de Cuento, Novela y Ensayo serán traducidos al francés y al italiano, y editados en estos idiomas,

y publicados en español en varios países de América Latina. El Premio de Teatro será representado en el VIII Festival de Teatro Latinoamericano.

6 Los Jurados podrán mencionar para su publicación total o parcial, en las colecciones; cuadernos o revistas de la Casa de las Américas, y a juicio de ésta, las obras (o parte de ellas) que consideran su mérito suficiente.

7. La Casa de las Américas se reservará los derechos de publicación de la primera edición en español de las obras premiadas y opción preferente de futuras ediciones. Referente a derecho de autor de las menciones publicadas, conforme a la Base 6, se observará lo dispuesto por la legislación cubana al respecto.

8 El plazo de admisión de las obras se cerrará el 31 de diciembre de 1968.

9 Los Jurados correspondientes a cada uno de los cinco géneros se constituirán en La Habana en enero de 1969.

10 Las obras deberán ser remitidas a las siguientes direcciones: Case Postal 2, Barne, Suiza, o Casa de las Américas, G y Tercera, Vedado, La Habana, Cuba.

11 Las obras presentadas estarán a disposición de sus autores hasta el 31 de diciembre de 1969. La Casa de las Américas no se responsabiliza con su devolución. La Casa de las Américas promoverá la traducción de los premios y menciones.